

Segovia, abril de 2018

¡Imponente!

A Víctor no se le ocurría otra palabra que pudiese definirlo mejor. Tras muchos años fuera, de vuelta a su Segovia natal pisaba sus calles de nuevo, recordaba sus maravillosos rincones y las vivencias en cada uno de ellos. El bullicio, de propios y muchísimos ajenos, que si bien eran motivo de orgullo, trabajo y riqueza para la ciudad, era difícil para un segoviano no manifestar, por lo bajito, lo cansado que se les hacía en muchas ocasiones las aglomeraciones y atascos que producían constantemente en las calles del centro y el casco antiguo. En el fondo algo inevitable en una ciudad tan monumental en la que a cada paso hay una historia que contar de un edificio, de su fachada esgrafiada, sus escudos heráldicos tallados en piedra, o incluso de algún bando municipal en una tipografía perfecta de castellano antiguo pintado en el revocado de una pared.

Era una bonita tarde de mediados de abril, el cielo estaba despejado y de un azul intenso, brillaba el sol pero no hacía calor alguno, la temperatura era agradable como para llevar solo camisa y una ligera chaqueta americana, por si acaso...

Caminaba desde San Lorenzo, el barrio en el que nació y vivió hasta su marcha. Subía por la Vía Roma y ya lo tenía de frente, arriba, ya lo saludaba como tantas veces desde muy niño cuando le hacía subir la mirada y la cabeza para asombrarse con su magnífica altura. Casi recordaba que hasta cuando su abuelo o su madre lo llevaban en el carrito, ya se retorció con mil posturas imposibles de cuello y cabeza para poder mirar sus milenarios sillares de piedra. Patrimonio de la Humanidad de la UNESCO desde 1985. El acueducto de Segovia. Treinta metros de altura en su parte más alta, ciento sesenta y siete arcos, y la friolera de dieciséis kilómetros de largo.

Todo el mundo conoce su origen romano y que se construyó dos siglos antes de Cristo por los increíblemente hábiles ingenieros de la época, los «architectus», para llevar agua desde la sierra de Guadarrama, salvando todos sus accidentes orográficos, hasta la ciudad. Pero la historia más desconocida, la que les gusta contar a los segovianos es la de que realmente fue construido por el diablo.

¡Maravilloso!

TODO SE FUE

Es increíble que conociéndolo de toda la vida, admirándolo desde siempre, después de atravesar sus arcos cientos, tal vez miles de veces, volvía a estar debajo de él, tocando el granito de sus piedras y continuaba sintiendo ese escalofrío que nunca sabría describir ni tampoco el porqué. Quizás parte de la culpa fue de su abuelo, o también de su madre. En ese mismo lugar, en Santa Columba, subiendo hacia El Postigo, o en la Plaza del Azoguejo, eran paradas obligadas tras culminar la cuesta de la Vía Roma. Los años y el trabajo a la espalda señalaban que ya no tenían la fortaleza y el aguante de la juventud. Era entonces cuando, con la tierna edad de tres, cuatro, cinco, seis años... le iban contando la fascinante historia de cómo el diablo fue el que construyó el acueducto.

—¿Víctor, tú sabes qué es esto?

—Sí *buelo*, el *cueduzto*.

—Pero ¿tú sabes qué es un acueducto?

—Pues esto es un *cueduzto*, ¿no lo ves?

—Ja, ja, ja. Muy bien. Sí. Esto es un acueducto. Tal vez si no el más grande, sí el más bonito que construyeron los romanos.

—¿Lo *tulleron* los *momanos*?

—Ja, ja, ja.

Conforme cumplía años su interés crecía y la historia se iba completando.

—¿Abuelo?

—Dime, Víctor.

—¿Cómo se llamaban los que hicieron el acueducto?

—Ja, ja, ja. Los que dicen que construyeron el acueducto fueron los romanos. — Y con voz bajita de confianza le decía al oído—: Pero es mentira, lo construyó el diablo. El abuelo reía mientras veía los ojos desorbitados de Víctor.

—Tú sabes quién es el diablo, ¿no?

Como si fuese algo que no se pudiera nombrar, Víctor, echando la cabeza hacia adelante, tan solo ponía los índices de sus manitas en cada una de sus sienes cubiertas de rizos cobrizos a modo de cuernos, el ceño fruncido y cara de maldad enseñando los dientes como si fuese a morder.

—Ja, ja, ja. —El abuelo no podía contener la risa ante tanta expresividad—. Ese, justo ese.

—¿Y por qué lo construyó el diablo?

—Eso ya te lo cuento otro día. —Y otra vez bajito y al oído—: No sea que nos oiga y quiera venir con nosotros.

El tiempo pasó y el abuelo dejó de acompañar a Víctor, primero en su carrito y más adelante de la manita. Ambos cumplieron años. Para Víctor fue crecer en todos los aspectos y para el abuelo debilitar sus fuerzas y su ánimo. Así que fue Paula, su madre, quien tomó el relevo.

—Mamá. ¿Por qué me decía el abuelo que el acueducto lo construyó el diablo?

Con una sonrisa en los labios ante la inocencia del pequeño, y agitándole los rizos de su cobrizo cabello, Paula por fin le contó la historia completa.

—Tú sabes para qué se construyó el acueducto, ¿verdad?

—Sí. Nos contaron en el colegio que es para llevar agua. Que por eso se llama acueducto.

—Bien. Pues cuenta la historia que cuando aún no había acueducto, realmente fue el diablo quien lo construyó porque quería hacerse con el alma de una muchacha que a diario cargaba el agua necesaria para la ciudad a lo largo de muchos kilómetros hasta traerla aquí.

»Esta muchacha, agotada por su trabajo, mientras caminaba cargada, un día dijo que haría lo que fuese a cambio de poder transportar el agua de una manera menos agotadora. Y el diablo, que siempre está atento a lo que hacemos y lo que decimos para intentar llevarse nuestras almas, vio una oportunidad de hacerse con la de esta muchacha. Apareció y le propuso que él haría un acueducto en solo una noche si ella aceptaba el trato de entregarle su alma a cambio. Ella aceptó, pero puso como condición que al amanecer, con el primer canto del gallo, debería estar totalmente acabado.

»En el transcurso de la noche, la muchacha pensó que su desdicha sería para la eternidad, porque el diablo trabajaba muy, muy rápido, que terminaría el acueducto en el plazo pactado, y perdería su alma para siempre. La muchacha se encomendó a la Virgen de la Fuencisla, que se apiadó de ella e hizo que ese día amaneciese algo antes. ¡Y entonces, justo cuando el gallo cantó!, el diablo no tuvo tiempo de colocar la última piedra, y por lo tanto no pudo quedarse el alma de la muchacha. El diablo, muy enfadado, tuvo que aceptar su derrota y huyó de la ciudad no sin antes golpear y arañar todo a su paso por la inmensa rabia y enfado que llevaba.

—Mira —le decía mientras le señalaba la hornacina central donde se encuentra una figura de la Virgen—. ¿Ves ese hueco de arriba donde está nuestra Virgen de la Fuencisla?

—Sí. Allí arriba.

—Pues allí quedó el hueco de la última piedra que debía de colocar el diablo y por

la que perdió el trato. Y —de nuevo señalando— ¿ves esos agujeros en las piedras?

—Sí. ¡Hay muchos!

—Pues esos agujeros los hizo el diablo con sus garras cuando las colocaba. Y si buscas atentamente, podrás ver los arañazos que les hizo al golpear algunas de ellas en su huida de tan enfadado como iba.

—¿Dónde están, mamá? No los veo.

—Bueno. Otro día los veremos. Ahora tenemos que marcharnos o llegaremos tarde.

Enfiló la suave cuesta arriba de la mal llamada por todos, calle Real. Todo el mundo la llamaba así hasta su llegada a la Plaza Mayor, aunque en realidad tuviese tres tramos, calle Cervantes, Juan Bravo e Isabel la Católica y que raramente nadie diferenciaba salvo que fuese buscando una dirección concreta por un establecimiento comercial, despacho, farmacia, clínica, o cualquier otra cosa.

Antes de darse cuenta había rebasado los famosos restaurantes Casa Duque y El Bernardino, finalizado el tramo de la calle Cervantes ya estaba admirando las vistas desde el Mirador de la Canaleja en la que dominaba la escena la iglesia de San Millán. Abandonó el parapeto de piedra que hacía de baranda al mirador y giró levemente a la derecha para continuar su ascenso hacia la Plaza Mayor y tomar la calle de Juan Bravo. Apenas había dado unos pasos...

—¡Por favor! ¡Dime que eres tú, Víctor!

—Sí, sí. Espera por favor, espera... —Con la mano en la boca y entrecerrando los ojos, dijo pasados un par de segundos—: ¡Marisa! Ja, ja, ja —Ambos rieron mientras se daban un cariñoso abrazo y un par de besos en las mejillas.

—Pero bueno majo, qué estupendo estás, no pasa el tiempo por ti. Bueno bueno, no soy capaz de recordar cuánto llevaba sin verte. ¡Uf! —le decía Marisa sin soltarle las manos y examinándolo de abajo arriba.

—Pues a ti te ha pasado como a los buenos vinos, el tiempo te ha tratado muy bien. Estás estupenda.

—¡A ver!, no te voy a decir que no se note que pasa el tiempo, pero con una manita de pintura, aún quedo bastante resultona y me echan alguna que otra miradita, ¿eh? Ja, ja, ja.

—Pues con el permiso de tu acompañante —dijo Víctor mirándolo brevemente como buscando su aprobación—, no lo dudo y no creo que te extrañe si te digo que tal vez yo mismo me habría vuelto a mirarte si me hubiera cruzado contigo y no me hubieses

dicho nada.

—Ja, ja, ja. —Rieron ambos de nuevo mientras el acompañante de Marisa mostraba una sonrisa de aprobación—. Está claro que sigues siendo el mismo golfo de siempre. Perdóname que no os haya presentado. Este es Pablo, mi esposo y el padre de mis dos preciosas hijas.

—Mucho gusto en conocerte, Pablo —dijo Víctor mientras se daban la mano y mantenían el cansino movimiento arriba y abajo con una amigable expresión.

—Igualmente —respondió Pablo, que no era de muchas palabras. Marisa ya hablaba por los dos.

—Víctor es un antiguo compañero de la Residencia Asistida que desapareció de la noche a la mañana, como alma que lleva el diablo, y se marchó sin decir ni adiós —intervino Marisa explicándoselo a Pablo y haciendo un recuerdo para todos—. Estaba en mantenimiento como electricista, «el eléctrico» lo llamábamos, ja, ja, ja.

—Muy apropiado —dijo Pablo remarcando la obviedad.

—Pero no es por lo evidente —aclaró Marisa—, sino por «la chispa» que tenía el muchacho. Ni te imaginas cómo tenía de locas a todas las chicas de la Residencia, solteras y no tan solteras, ja, ja, ja. —De nuevo surgieron las risas en todos.

—¡Pero si yo siempre he sido un buen chico! —replicó Víctor.

—Sí, sí. Menudo truhan que eras. Y que dudo hayas dejado de serlo. Ja, ja, ja. Pero dime. ¿Cuánto tiempo hace que te marchaste? Soy incapaz de recordarlo exactamente —se interesó Marisa.

—Justo serán treinta años el próximo 2 de mayo...

—¡Bueno majo, pues casi media vida! —dijo Marisa muy sorprendida y sin dejarle terminar—. Te haría mil preguntas como dónde has estado, qué hacías, y mil cosas más, en fin, soy muy cotilla y no puedo remediarlo... Ja, ja, ja. Pero el caso es que tenemos que continuar nuestro camino, que nos quedan muchas cosas por hacer y el tiempo vuela. Pero no te voy a perdonar un café otro día que nos encontremos y nos cuentes tantas cosas que nos debes.

—Es cierto que, como has contado, salí como alma que lleva el diablo, pero también que les pedí a mis compañeros de mantenimiento que por favor me despidieran cariñosamente de todos, y espero que lo hicieran, porque si no fue así les voy a dar una reprimenda en cuanto los vea. Pero bueno, como en Segovia no es difícil encontrarse, por supuesto que acepto ese café y esa charla, que supongo que vosotros también tendréis muchas cosas que contarme, sobre todo acerca de esas dos preciosidades que me has dicho

que tenéis.

—Pues no lo dudes que así lo hemos de hacer, y como ahora con los móviles llevamos el álbum fotográfico encima, juzgarás por ti mismo si, aparte de muy buenas chicas, son o no dos bellezas las hijas que tenemos —sentenció Marisa—. Pero dime, que no te he preguntado por tus padres. ¿Cómo están? También llevo mucho sin verlos.

—Pues mi padre ya murió...

—¡Ay, cuánto lo siento, Víctor! —interrumpió Marisa mientras Pablo asentía.

—...y mi madre es la que me ha traído por aquí de vuelta. La pobre está muy mal de los huesos. Son ya ochenta y cinco años, la mayoría de las veces la edad no perdona, y a ella le ha tocado. Ya te contaré también que mis hermanos marcharon al extranjero y es más complicado que vengan por aquí. Así que yo estaba más disponible y, ¿cómo no iba a ayudar a mi mami?

—Entonces, entiendo que has venido para quedarte definitivamente, ¿no?

—Pues Marisa, en un principio tal vez sea lo más probable. Primero veremos cómo evoluciona mi madre, qué puedo hacer por ella, y luego, pues ya se verá. Pero vamos, que yo en Segovia me encuentro muy a gusto y no tengo prisa alguna.

—Bueno majo —remarcó Marisa a Víctor cogiéndolo de un brazo y dándole unos cariñosos golpecitos de apremio—, pues como hemos quedado, nos vemos más despacito, tomamos un café y nos contamos. Que son muchos años y seguro que un buen rato de charla no nos va a faltar. Y dame dos besos apretados. —Sin dejarlo reaccionar, poniéndose casi de puntillas y tirando de Víctor hacia abajo para que se inclinase, Marisa le plantó un beso en cada mejilla a los que él correspondió cariñosamente—. Y no te preocupes, Pablo no se va poner celoso.

—Ja, ja, ja. —Rieron todos mientras Víctor daba de nuevo la mano a Pablo.

—Un placer conocerte.

—Igualmente, Víctor. Hasta otra.

—Venga pues. Hasta pronto.

—Adiós, Víctor —dijo Marisa mientras echaban a andar la calle abajo en dirección contraria.

Marisa, recordaba Víctor, siempre fue una mujer muy trabajadora. Buena compañera, simpática y divertida. Nunca fue muy alta, y menos aún al lado de su metro noventa, pero era bonita, con un cuerpecito con sus curvas sin marcar en exceso salvo en sus generosos pechos. Pero quizás lo que más atrayente la hacía era su continua sonrisa.

Al marchar, Víctor no pudo reprimir el impulso de volver la vista atrás para

admirar su cuerpo tan bien delineado, que pese a sus dos partos y, ¿sesenta años?, aún conservaba, y justo al hacerlo se encontró con la mirada de Marisa haciendo lo mismo.

—Ja, ja, ja. —Los dos se echaron a reír, volvieron la mirada al frente y continuaron su camino.

Al estrecharse la calle con la esquina de la emblemática Casa de los Picos, se encontró con lo que tanto le fastidiaba, y seguro que no era solo a él a quien le ocurría.

Si no era bastante dificultad para pasar por el estrechamiento de la calle en ese punto cuando había mucho tránsito, y que raramente faltaba, justo frente a la Casa de los Picos había un par de grupos de turistas de no menos de cincuenta o sesenta personas, cada uno, con sus respectivos guías frente a ellos dando la espalda a la fachada y a voz en grito explicando, cada uno por su lado, en español y en inglés su historia: «...La Casa perteneció al verdugo de la ciudad de origen judío, por lo que se la llamaba la Casa del Judío, y decidieron cubrir la fachada con puntas de diamante o picos de granito para evitar que la casa fuera del, en aquellos entonces, mal querido estilo judío y de esta forma transformando su fachada pasó a llamarse, a partir de ese momento, la Casa de los Picos...».

Imposible no escuchar casi la historia completa mientras intentaba abrirse camino entre los apiñados turistas, ninguno de los cuales quería perder detalle y se agolpaban unos junto a otros.

—Por favor, gracias. Por favor, gracias. Por favor, gracias.

¡Uf! ¡Por favor! Qué incomodidad más grande. En fin. Demos gracias que podemos lucir una ciudad tan bella y llena de historia. Veámoslo por ese lado.

¡Cuánto ha cambiado todo!

Los locales comerciales eran ocupados por las últimas y más punteras cadenas y marcas comerciales de todo tipo de artículos, ropa, calzado, telefonía... También con nuevos restaurantes de la actual y moderna cocina de diseño que junto a las internacionales y archiconocidas marcas de comida rápida completaban la rica oferta gastronómica. Pues excepto los típicos y afamados restaurantes de comida tradicional castellana de platos indispensables como el cochinillo y el cordero asado, la sopa castellana y los judiones de La Granja, tan solo se mantenían los comercios locales, de incluso varias generaciones como alguna joyería, tiendas de textil...

¡Treinta años son muchos años! Había visto y conocido mucho mundo en ese tiempo, pero en ese momento sería capaz de decir que «su Segovia» era una de las ciudades más bonitas del mundo. No podía verla de otra manera.

Había llegado a la Plaza de las Sirenas. Otra curiosidad como la de la calle Real.

La mayor parte de las veces, calles y plazas de pueblos y ciudades toman el nombre que se les adjudica por costumbre y repetición de los lugareños y el oficial queda para la placa de identificación y para las direcciones administrativas. En este caso, las Sirenas que le da su nombre costumbrista, no era por otra razón que las dos esfinges con busto de mujer y cuerpo de león que flanquean y abren la escalinata desde la Plaza de Medina del Campo a la de San Martín.

¡Cuánta belleza e historia juntas! Desde la estatua de Juan Bravo, el Torreón de Lozoya, la iglesia de San Martín, una más de las múltiples maravillas del románico existentes en la ciudad. Casas señoriales y palaciegas... ¡Por favor, cuántos y cuántos recuerdos! ¡El restaurante El Narizotas! Víctor no podía dejar de rememorar tanto vivido como si hubiese retrocedido en el tiempo. ¡Cuántas tardes y noches que subíamos la peña de amigos de turno, a la «calle de los vinos» aledaña a la Plaza Mayor a tomar unas «cañas» y unos «pinchos» y terminábamos en esas escalinatas con una copa en la mano y la otra ocupada acariciando piel caliente mientras robabas un beso, con la música del bar de fondo y el aullido de *El lobo hombre en París* de La Unión! ¡Ambientazo! ¡Lleno total! No había sitio ni para apoyar el vaso de tubo del «cubata».

Bueno bueno. ¿Y cuando venían los Virtuosi de Moscú, y músicos de Varsovia, Praga... al Festival de la Semana de Música de Cámara? No se conformaban con participar en los lugares marcados por el Festival. Los intérpretes necesitaban tocar sus piezas, fuera por ensayo o por puro placer de la MÚSICA, con mayúsculas. Colocaban sus sillas plegables, sus atriles, sacaban de sus maletines acolchados de terciopelo, violines, violas, violonchelos, fagots, oboes..., lo que quiera que tocasen los miembros del terceto, cuarteto, o cualquiera que fuese el número de componentes, y nos regalaban en alguno de tantos bellos rincones un recital de su repertorio, que casi era más emotivo y bonito que el preparado para el serio escenario del lugar de celebración del Festival; en aquellos entonces, el patio del Alcázar.

Se colocaban en la misma calle de Juan Bravo en su ensanche de la Plaza de Medina del Campo, frente a la escalinata que sube a la Plaza de San Martín que le hacía de anfiteatro. ¡Un bar de copas en la misma plaza! ¡Perfecto!

—¡Ay, cómo recuerdo a mi amigo Daniel, el *andalú*! Siempre decía que esa era la música «de verdad». La madre de todas las músicas. La que embriagaba el oído y el alma. ¿Cuántas noches, por quedarnos enganchados a escuchar los Virtuosi, nos marchábamos tarde a casa y casi sin descansar a trabajar al turno de mañana?

Víctor recordó con detalle alguno de esos momentos:

—¿Dani? ¿Tomamos una copa? —le decía bajito para no molestar a los músicos, ni a los oyentes—. ¡Llevamos ya media hora aquí y estoy seco, tío!

—Vale. Pero vas tú por ellas. Yo no me muevo de aquí nada más que para irnos.

—¡Qué cabrón que eres, tío! Siempre me haces lo mismo. Venga. ¿Qué quieres?

Dani echaba mano al bolsillo para sacar dinero y dárselo a Víctor sin perder la mirada del grupo que tocaba, ni dejar de escuchar cada compás.

—No. Déjalo —le decía Víctor de nuevo bajito cerca del oído—, me debes otra. ¡Pero dime ya qué quieres, coño, que esto está petado de gente y veremos a ver lo que tardan en servírmelas!

—Un *yintoni con bifite* y un *chorrico de limón exprimío*. Que si me tomo ahora algo con cola, no pego «ojito» en lo que quede de noche. Y con lo poquito que vamos a dormir al paso que vamos...

De vuelta al presente, hizo un alto en el camino y se sentó en la escalinata mientras seguía recordando.

«Ese *yintoni* que para Daniel era de lo más normal entonces y a los pubs no les era desconocido, pero sí algo poco habitual, resulta que ahora está más que de moda, incluso aún más sofisticados. ¡Ni que los hubiese puesto de moda él! Ja, ja, ja. Casualidades. Daniel siempre fue muy especial en todo.

Éramos jóvenes, pero inesperadamente responsables con nuestro trabajo. Sabíamos que llegar derrotados tras una noche de cañas, copas o fiesta, era pasar un día de trabajo más duro de lo habitual y, excepto que “pillemos cacho” —se sonreía para adentro recordando las palabras y expresiones de su colega Daniel—, lo mejor era ir a acostarse pronto, que el despertador no perdonaba y te levantabas hecho un trapo. ¡Y ni que decir con el alcohol! No recuerdo haberlo visto nunca borracho. Ni siquiera un poquito.

¡Qué gran colega y amigo era Daniel! ¿Qué sería de él? Lo último que supe es que estaba intentando trasladarse a Andalucía y que por el tema de las transferencias de las competencias de Salud y Servicios Sociales a las Comunidades Autónomas lo estaba pasando mal. Su novia en Almería y él a seiscientos cincuenta kilómetros. Mínimo ocho horas de viaje *pabajo* y otras ocho *parriba* que no eran para hacerlas en todas las libranzas. Supongo que de alguna manera lograría irse a Almería o lo más cerca posible, porque lo de su noviazgo iba muy en serio. Las hormonas y la distancia son muy traicioneras y el muy cabrón era duro de pelar, no caía en ninguna trampa. Aunque creo

que fue cuestión de suerte. Si llega a cruzársele una buena vampira, le sorbe hasta la última gota de sangre, por muy caballero fiel a su promesa, o caballero legionario que decía que fue.

Qué putada que no existiesen los móviles entonces, quizás así aún mantendría contacto y sabría de él. Habría estado bien. Pero tantas cosas se quedan en el camino con el paso del tiempo, que en fin... De todas formas, preguntaré por la Residencia o si me encuentro con algún compañero... ¡Joder, a Marisa le podía haber preguntado! Bueno, ya habrá otra oportunidad».

Se levantó de la escalinata, se sacudió con la mano la trasera de los tejanos, y continuó su ascenso hacia la Plaza Mayor flanqueado su costado derecho por el muro del claustro de la iglesia de San Martín. Quedaba un suspiro para llegar. Acabar el muro de la iglesia y toparse con el robusto edificio de la antigua cárcel. ¡Ya se veía por encima de los tejados la cúpula de la catedral!

Plaza del Corpus y a su izquierda la calle de la Judería Vieja.

Víctor no pudo hacer otra cosa que adentrarse en la calle de la antigua entrada al barrio judío para comprobar cómo había desaparecido un icono de su tiempo.

Imposible no volver a recordar a Daniel, a toda la peña de amigos y los innumerables vinos de «Serrada» que se tomaban, como visita obligada, por imposición de Daniel, en la tasca La Posada.

—Vamos a tomarnos un *serradica* para entrar en calor. Quien quiera, que venga, y quien no, luego nos vemos en «la calle de los vinos». —Letanía obligada de Daniel al llegar a la Plaza del Corpus. No perdonaba la visita.

De la barra a la pared de enfrente, no había más anchura que la de un par de personas y encima era paso obligado a los servicios y a la acogedora cueva que en su interior tenían como restaurante. A pesar de todo, era increíble la cantidad de gente que podía aglomerarse dentro y fuera. Porque si ponían vinos y cañas dentro, no creo que se pusieran menos por la ventana que daba al estrecho callejón. El ambiente era extraordinario, la atención mejor aún y la habilidad que tenía el camarero para meter las monedas de propina en una jarra de barro colgada del techo, y no fallar «casi» ninguna, un entretenimiento y espectáculo adicional que le conseguía una propina extra y los vítores y aplausos de toda la clientela del bar por su destreza.

Víctor dijo para sí mismo que si hubiese tenido tiempo de despedirse de los amigos, sin duda lo habría hecho en el encantador restaurante de la cuevecita que había dentro. Y estaba seguro de que si Daniel pudo hacerlo, lo hizo allí. No podía ser en otro

lugar que no fuese este. Su preferido.

Volvió atrás hasta rodear la cafetería La Colonial, siempre en esa transitada esquina, y dio sus últimos pasos recorriendo el tramo de la calle Isabel la Católica para por fin asomarse a la Plaza Mayor.

Cuando la estrechez de la calle se abrió de lleno a la amplitud de la plaza, continuó recto y subió al quiosco de música situado casi en el centro. Desde el círculo elevado del templete, girando en redondo traía de vuelta a su vista y a sus recuerdos todas las calles que confluían en la plaza y que amenizaban con su gran ambiente y gentío, los días, tardes y noches con todos sus bares, tascas y restaurantes. Las terrazas de otros tantos bares y cafeterías alrededor de la plaza, hoteles, pastelerías, el teatro Juan Bravo, el ayuntamiento, tiendas de recuerdos, la histórica iglesia de San Miguel y la imponente trasera de la «Dama de las Catedrales». La espectacular catedral de Segovia con los pináculos de sus contrafuertes... sin cigüeñas.

Con la llegada de la primavera las cigüeñas ocupaban cada pináculo descansando apoyadas enhiestas sobre solo una de sus patas. Parecía que formaban parte del artesonado de los pináculos. Pero a Víctor ya le habían advertido que no esperase verlas. Esa actitud de las aves estaba dañando la piedra de la estructura de la catedral con sus importantes y continuas defecaciones y habían tomado la decisión de poner unas protecciones en las puntas para no permitirles posarse allí, y por consiguiente quitarnos la singular estampa que dibujaban y que seguro quedó reflejada en muchas fotografías de segovianos y turistas.

—¡Qué lástima! —murmuró Víctor—, era bonito y llamativo.

Bajó del quiosco y continuó hacia el frente, hacia los soportales del ayuntamiento. Tomaría la calle Marqués del Arco bordeando el costado izquierdo de la catedral y bajaría hasta el Alcázar, no sin antes ir disfrutando de todo a su paso. Historia e historias.

Caminando bajo los soportales, pisando sus grandes losas de granito desgastadas por el paso del tiempo, de miles de transeúntes y esquivando mesas de terrazas de los continuos bares, cafeterías y restaurantes, tomó rumbo hacia la catedral. El Café Negresco, Restaurante La Concepción, «La Concha» para los amigos, o lo que es lo mismo, todos los clientes que allí se tomaban unas cañas, unos vinos o un café y, si era para comer, en el acogedor restaurante de su sótano con sus techos abovedados de ladrillo cocido, por donde tantos personajes famosos habían pasado. Su fachada, que respetaba la apariencia de los bares de principios del siglo XX pintada en un color conocido como «verde Madrid», le confería un aspecto muy singular. Dos grandes ventanales tras los que

había sendas mesas flanqueadas, uno frente al otro, con dos asientos largos, cómodos, rojos y aterciopelados, y el resto de la decoración acentuaban aún más ese toque de principios del pasado siglo. Los que tenían el placer de disfrutar de una caña, un vino, o un café en alguno de esos largos sillones, tras alguno de sus dos ventanales, podían considerarse privilegiados porque las vistas de la plaza eran inmejorables.

—¡Dios mío! ¿Puede ser verdad? —Víctor no sabía si creer lo que le había parecido ver. Con el corazón acelerado entró a La Concepción y se dirigió hacia el fondo del local donde alguien bebía de una taza caliente y perdía la mirada a través del cristal sin un lugar definido. Sin más preámbulos Víctor llegó hasta él—. ¿Daniel? ¿Sí? ¿Eres tú!?

Cuando lo vio levantarse con enorme dificultad, los ojos de Víctor se enrasaron con unas incipientes lágrimas que no le dejaban ver con claridad cuando más lo necesitaba. Presionó ambos párpados con los dedos para liberarse de esa emocionante incomodidad, mientras escuchaba que le decían:

—¿¡Víctor!?, ¡Víctor! ¡Sí! Eres tú, Víctor.

Se fundieron en un emotivo, fuerte y prolongado abrazo en el que alguna que otra lágrima mojó el hombro del otro.